

CON *Redoble por Rancas*, en 1970 este afamado escritor limeño comenzó una pentalogía para denunciar ante el mundo la “Guerra Silenciosa” de la sociedad criolla del Perú contra los campesinos sobrevivientes de las culturas prehispánicas, acaecida entre 1950 y 1962. Hicieron parte de ella los libros *Garabombo el invisible* (1972), *El jinete insomne* (1976), *Cantar de Agapito Robles* (1976) y *La tumba del relámpago* (1978). Desde su fallecimiento en el accidente del avión de Avianca acaecido en Mejorada del Campo en 1983, al lado de Marta Traba y Ángel Rama, su fama no ha dejado de crecer. De su novela *Garabombo el invisible* se han seleccionado, para los lectores de la *Revista de Santander*, las cuatro cartas que el Niño Luis Remigio escribió a distintas personas, una muestra del ingenio y humor de su pluma, que le valió su inclusión en el llamado *boom* de la literatura latinoamericana.

Texto incompleto de la autógrafa que Remigio dirige a un sargento cuyo nombre por educación no quiere pronunciar

Queridísimo sargento:

Estando preso creo que es inútil que oculte mi identidad: soy yo.

Admirado Sargento, ya lo vi con su uniforme nuevo. ¡Qué tal pinta! Parece que fuera mi gemelo.

Marcial Sargento: hace días la señora de los bizcochos presentó una denuncia completamente falsa. Se trata de unos bizcochos que me comí. Esta vieja maldita dice que tenía treinta bizcochos y que yo me comí diez. Como si yo fuera un muerto de hambre. Yo solo me comí diez.

Por culpa de esta calumniadora fue citado a concurrir al Puesto de su simpática presidencia, y como de tonto no tengo un pelo, me robé un pavo. No es que yo piense que la policía acepte sobornos, pero sí caballos, putas, terrenitos y regalos. Y ¿qué mejor regalo que un pavito?

No bien recibí su gentil invitación y considerando que estaba peor que palo de gallinero (el de abajo), apersoné al pavo hasta su digna dependencia con dicho objeto de soborno.

Simpático sargento: el pavo fue recibido con aplausos. El suscrito también, pero en el culo. En síntesis: el cabo Minches se apoderó del pavo que yo destinaba para sobornar al Sargento Cabrera, ese pingamuerta moco-de-pavo, a quien usted quizás conozca pues pertenece a la Guardia Civil.

A mí me metieron al calabozo y al pavo al horno. Me lo merezco por bestia. Debí llevar dos. Y lo peor de todo es que ni los pavos ni los bizcochos me costaban nada. Pero ¿para qué digo cosas que usted no entenderá? A mí me importa un carajo que el Sargento Minches se apoderara del pavo Cabrera. Total, no era mío. Pero por lo menos, mi cabo, mándeme una presita. Yo soy inocente. Yo no me comí los bizcochos ni el pavo. Y para que vean, vomito. ¿Ya ves? ¿Qué le dije? He vomitado. ¿Qué he comido? De chico casi nada; de grande, nada. Y ahora, en vísperas de mi resplandeciente madurez,



cerca de mi edad de oro, de vez en cuando como galletas y bizcochos robados. Soy, pues, inocente.

Si el señor Presidente de la República está libre, ¿por qué estoy yo preso?

Distinguidísimo Capitán:

Mi Capi: usted se merecía este ascenso.

Usted es justo, honrado y nunca acepta regalos. El pavo no lo aceptó porque me lo quitó el cabo Minches. (Entre paréntesis, ¿cómo estaba la pechuga? Porque hasta aquí llegó un olorcito de chuparse los pies.)

Mi Mayor, qué bien le queda el uniforme nuevo. Ya lo vi con sus cuatro pitas. Se merecía el nuevo galón. Yo siempre lo he dicho: Cabrera, usted es un tipo cojonudo y estoy seguro que con su nuevo uniforme tendrá con las mujeres casi tanto éxito como yo. (Atención: eliminar este párrafo porque ni Cabrera se lo creará.)

¿Por qué no está preso el Presidente de la Corte Suprema? Hay juicios en el Perú que duran cuatrocientos años. Hay comunidades que reclaman sus tierras hace un siglo. ¿Quién les hace caso?

¿Por qué no está preso el juez Montenegro?

¿Por qué no está detenida la justicia?

Y sobre todo, ¿por qué no está preso usted? Si se la da de macho, métase preso. Usted sabe que es culpable. Y en cambio, yo sé que soy culpable.

Teniente: si usted sigue paseándose por el Puesto mordiendo una pata de pavo y sin contestarme, lo vuelvo a degradar.

Alférez: le doy treinta segundos. O me da la pata del pavo o lo reduzco a su verdadera condición.

Guardia Cabrera: usted no es ni siquiera un hombre inferior, es un vegetal superior.

Observaciones:

Escribir un anónimo al sargento Cabrera diciéndole que se mire al espejo.

Escribirme un anónimo a mí mismo para que nadie sospeche. No poner muchos elogios y tratar de escribir mal.

Me he olvidado.

Tratar de recordar lo que me he olvidado.

En su defecto, olvidarlo.

Consuelito, Conchito, no llores.

No te tires a la pena. Este es el precio que una mujer anónima paga por el amor de un hombre célebre. No fui a la cita porque estoy preso. Además porque no tengo el gusto. *Joven masturbador busca cambiar costumbres y desea establecer relación con solterita estable pero con ahorros. Si tiene más de cinco mil, mejor. Escribir a "Joven moreno y honrado", Cárcel de Yanahuanca, Remigio C/O Cabrera, Minches.* ¡No, mejor no! Son capaces de tirarse las cartas y a mi novia, y eso yo como hombre no lo puedo permitir.

Sí, ya me dieron la escoba, mi cabo. Ya limpié el baño. Y ahorita me voy a darles agua a los caballos. ¿Qué hubo de la presita? No, es una broma, mi cabo. ¡Ay, mi cabo! Pégueme donde quiera, pero no me malogre la pinta, ni me pegue en la ingle porque me puede privar de mi instrumento de trabajo. Atención: interrumpo la carta por razones de fuerza mayor.

Con mi amor eterno,

Remigio.

II

Solicitud de una persona cuya identidad el autor no está autorizado a divulgar

Señora Alcaldesa de Yanahuanca:

Paseándome por esta simpatísima ciudad, acabo de enterarme que se encuentra vacante la plaza de maestro de Yanacocha. Me asombra, Pepita; ¿qué pasa? ¿Es usted ciega? ¿Necesita anteojos? A propó-

sito, sin duda sabrá que he comenzado a usar anteojos. Sin luna, pero anteojos, y dichos pararrayos me dan un aire noble, pedagógico, institucional. (¡Cojones, que bien me salió este párrafo! Cada día estoy mejor: cojeo menos y escribo más. ¿Por qué desperdicio mi talento pidiendo esa vacante de mierda?). Señora madama: para el suscrito (con anteojos o sin ellos) sería un imperecedero honor ocupar la vacante de maestro de las nuevas y viejas generaciones, porque sobre todo las viejas necesitan enseñanza.

 Mi programa presidencial es breve:

 Hay que enseñar nuevas costumbres. La vida es muy aburrida. Las cosas se repiten. ¡Qué falta de imaginación! Este pueblo ha usado siempre los mismos cerros, el mismo río, los mismos árboles. ¿Por qué? Las montañas no se mueven. Las cataratas nunca descansan; en cambio las autoridades nunca trabajan. El sol sale siempre por el mismo lado. El río es viejísimo. Desde que me conoce corre por el mismo lugar. Si yo fuera de Chaupihuaranga los lunes, los martes, los miércoles, los jueves y los viernes, los sábados y los domingos subiría, y los lunes, los martes, los miércoles, los jueves los viernes los sábados y los domingos bajaría. Y si yo fuera cerro pero ¿qué carajo les explico? ¿Para qué gasto pólvora en gallinazos? En Yanahuanca falta lo que a mí me sobra: ideas, invenciones, limpieza pública, encarcelar a las autoridades, pedirles rendición de cuentas y destituir a la Alcaldesa, meterla presa a usted.

 Como maestro me propongo modificar el curso de las corrientes. Levantar el río y convertirlo en catarata, sembrar flores en la nieve. Cambiaré la tierra del cementerio; importaré tierras donde no se fusile, ni se encarcele, ni se persiga a los jorobados, ni le griten “feo” a los cojos.

 Modificaré también el escudo. El cuerno de la abundancia no lo quitaré, por no ofender a su marido, pero sí introduciré (en el escudo) el símbolo reclamado por

Como maestro me propongo modificar el curso de las corrientes. Levantar el río y convertirlo en catarata, sembrar flores en la nieve. Cambiaré la tierra del cementerio; importaré tierras donde no se fusile, ni se encarcele, ni se persiga a los jorobados, ni le griten “feo” a los cojos.

millones de malas lenguas, que usted dignamente representa: las tijeras.

 Me corresponde fomentar las ciencias. Está muy bien que existan los pararrayos (¿Ya me vio con mis anteojos?). Pero eso no basta. Propongo la creación del “paraestúpidos”, sencillo aparato de mi invención que consiste en colgar de un gancho de carnicero a los imbéciles, aunque usted se quede viuda y posiblemente colgada. La verdad es que no sé para qué escribo esta cojudeces, ni por qué pido un puesto que yo no le daría a usted de ninguna manera. Pero ¡vaya! uno es hombre y buen mozo y si estamos en la cancha es para defender el honor de la camiseta.

 Yo sé que dicen que soy enemigo suyo. Me lo ha contado un pajarito. Es completamente falso que yo estuviera en ese almuerzo en el que usted dijo: “Creo que se me han dormido los pies”. Y mucho más falso que yo comentara: “No parece que se la hayan dormido. ¡Por el olor, yo diría que se le han muerto!”. Mi querida señora, como hasta usted puede darse cuenta, esa frasecita no es mi cosecha: le falta ingenio, sabor, simpatía, calor humano, En una palabra: no me retrata. Soy joven, moreno y gastador. Como avaro no se me conoce. Los envidiosos dicen que mando anónimos. Sé que su distinguidísimo esposo, el señor juez, ha recibido un anónimo que dice: “Desconfie del juez (pide plata)”. ¿Usted cree que yo voy a confundirme y mandarle a su esposo un anónimo contra él mismo? ¡Ja, ja, ja!

Acabo de releer la carta. El estilo es admirable, pero color de hormiga. Si la firmo me meten preso. Será mejor que escriba otro anónimo.

En espera de la vacante,
El anónimo.

III

*Carta escrita por el Niño Remigio
al sargento Astocuri por solicitud de Don
Hermógenes*

Despreciado sargento:

Supongo que Brazo de Santo le ha notificado que he decidido batirme con usted junto a este sauce. Hace cinco días que espero que usted sea algo más que un cuy. ¿Es usted hombre? No se le nota. Le escribo para concederle un último plazo. Estando disgustado con Brazo de Santo no pude mandar a mi padrino. ¡Mejor! En su caso más que padrinos se necesitan madrinas. ¡Al que le caiga el guante, que se lo chante! Ya estoy harto de sus ofensas. Hace unos días, en circunstancias agravantes en que cruzaba la calle una dama que inspira mis pensamientos, usted no me contestó el saludo. ¿Por qué? ¿Le he hecho algún favor? ¿Le jode mi éxito? ¿Le molesta que todas las mujeres de la provincia estén enamoradas del suscrito? ¿Tengo la culpa de ser irresistible? ¿Tengo la culpa de que usted tenga gordas las partes que debería tener delgadas y delgadas las partes que debería tener gordas?

Estimadísimo amigo:

Permítame presentarme: soy el sauce que está a la entrada de Racre. Soy un árbol antiguo y de buenos antecedentes. Sigo junto al sauce. La noche es linda, pero la situación se agrava. Usted me conoce mal, pero me conoce. Mi paciencia tiene un límite. ¿Hasta cuándo voy a tirar cintura? Si retira sus insultos estoy dispuesto a perdonar, pero aquí. El asunto de los pedos se puede agravar. Yo lo he fotografiado, durante el reparto de

premios en la escuela, mientras lanzaba una lacrimógena posterior. Y sé también quién es el autor del pedo que hace poco interrumpió el discurso del doctor.

Sargento:

Si mañana no se presenta lavado y peinado —incluso cuello, manos, uñas— para batirse conmigo, yo denunciaré su malcrianza posterior. ¿Yo inferior? ¿Yo garrapata? ¿Yo ladrón de bizcochos? No me río porque la trompada que Su Excelencia me dio me torció la mandíbula. Pero eso no lo libraré. ¡Aunque sea con la cara ladeada, me batiré!

Querido sargento:

Por su culpa, culpa, culpita, he perdido ya una semana de trabajo. No jodas, Brazo de Santo. A propósito, ¿conoce una vacante? ¿Qué dice? Más concretamente, ¿puede decir algo? El Abigeo acaba de visitarme. ¿Sabe lo que me ha dicho? “Remigio, no te ensucies con ese caca-de-gato”. ¿Oyó? ¿Quién ha ganado? ¿Qué dice el pueblo? En Yanahuanca uno de los dos sobra; bueno, yo sobro.

Hojita de té:

Otro día más de helarme junto a este sauce de mierda. No pudiendo abandonar por más tiempo mis negocios, me voy. Lo espero donde sea y como sea. Desdeñoso, semejante a los dioses, sin escuchar las espantadas voces de los envenenados por la muerte, no necesito amar, no necesito.

Luis Remigio, el plebeyo.

Querido culo con fuelle:

Su padrino, el cabo Minches, me ordena que me retire. El susodicho es un mal educado. En lugar de darme la mano, me ha dado el pie en la espinilla. Minches me ha entregado galletas y una “Kola Ambina”. Usted sabe que yo no cambio mis ideas salvo por dinero. Acepto únicamente por hambre.

¡Gracias! (Entre paréntesis, desconfíe del cabo.)

Predilecto amigo:

Las galletas están riquísimas. En el fondo, ¿por qué nos peleamos? Usted y yo nos parecemos. La única diferencia es que yo soy valiente. ¿En qué quedamos por fin? ¿Pelea o no pelea? ¿No le da vergüenza protegerse con el uniforme? ¡Cuidado! Amenazas conmigo no valen. Al Subprefecto anterior también lo desafié. Resultado: salió entre gallos y media-noche, o mejor dicho, entre gallinas y media-noche. El juez también me corre. Las mujeres me corren. Yo mismo me la corro. Gracias, sargento. Usted un cunda. Las galletas me han calmado. Usted es un sabido y yo otro sabido. Somos pocos, pero nos conocemos.

Remigio del Sauce

IV

Texto incompleto de la solicitud que a la Virgen de las Mercedes dirigió el Niño Remigio

Virgen de las Mercedes, Mariscala del Ejército y Patrona de las Armas del Perú:

Aunque por su título de patrona no debería escribirle no tengo más remedio que manifestar a la derecha de mi izquierda estoy mirando un destacamento de la Guardia de Asalto camino a Chinche.

Querida Meche:

Remigio, según muchos hijo del aire, pero según el suscrito, hijo de su mamacita, sin nombre ni apellido salvo error u omisión, expone:

Que la Guardia de Asalto de su digna presidencia se dirige a fundar un segundo cementerio en Chinche,

Que en estos casos sus ahijados aducen que el artículo cien mil de nuestro libro nacional de chistes, también llamado Constitución o Constipación, estipula que en el caso de que pretextando frívolas razones de miseria los comuneros se subleven, la Guardia de Asalto les señalará un cementerio por cárcel,

Que en el artículo siguiente o en el anterior, no sé, he perdido mis anteojos, no importa, en estos casos uno siempre sale jodido, señala que si el cementerio de la localidad escogida por la Guardia de Asalto resultare demasiado pequeño para alojar a los campesinos revoltosos; en ese caso, el jefe del destacamento escogerá un lugar de preferencia cercano a un curso de agua, para lavarse luego las manos y fundará el nuevo cementerio,

Que en tales obras de mejoramiento urbano, el pueblo pondrá el terreno, y la Guardia de Asalto, los muertos,

Que Chinche ya tiene un cementerio, sin puerta pero cementerio,

Que de ninguna manera el paisaje de Chinche cumple con los requisitos constitucionales exigidos para levantar esta importante obra pública...

Final

Por los pedregales de Gaparina, precedida por los caporales de la hacienda Pacoyán, apareció la tropa. Comprendiendo que no tendría tiempo de acabar su solicitud, el Niño Remigio cojeó hacia el camino:

—¡Alto ahí!

—¡Apártate, piojoso! —le gritó un guardia.

—¿Desde cuándo un simple guardia se permite tutear a un mariscal?

Tapió el camino con el desprecio de su sonrisa.

—Este piojo, ¿quién es?

—Un loquito, mi alférez.

El Niño Remigio se agachó. Recogió una piedra. Avanzó.

—¡Quémelo! —mandó el alférez.

El guardia lo segó con su metralleta. Así se comprobó que el Niño Remigio padecía una enfermedad incurable porque la ráfaga que le destapó la mitad de la cabeza mostró que en lugar de sesos tenía una mata de geranios. *